

1Jn 2,22-28 • Sl 97 • Jn 1,19-28

Éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: «¿Tú quién eres?» Él confesó sin reservas: «Yo no soy el Mesías.» Le preguntaron: «¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?» Él dijo: «No lo soy.» «¿Eres tú el Profeta?» Respondió: «No.» Y le dijeron: «¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?» Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: “Allanad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías.»

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?» Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.» Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.



En la vivencia de la misión Hospitalaria buscamos aportar todo lo que profesionalmente puede ser beneficioso para las personas que atendemos. Si lo hacemos comprometidos con la calidad asistencial lograremos buenos resultados y, quizá, reconocimiento social.

Pero como el Bautista, nosotros *“bautizamos con agua”*. Desde la mística Hospitalaria, sabemos que *“hay alguien”*, que quizá muchos de nuestros destinatarios no conozcan, que *“viene detrás nuestra”* y que es el auténtico sanador, el dador de la salud en su plenitud. Nosotros somos mediadores de esa misma sanación/salvación. Estamos llamados a cultivar esta dimensión trascendente del carisma.